

HOMENAJE AL PROF. DR. JOSÉ ALBERTO MAINETTI (1938 - 2022)

Marta Teresa Fracapani¹

“Para la medicina es tiempo de reflexión. Por su raíz etimológica, medicina es meditación, cura del homo infirmus. Y si una vida sin reflexión no merece vivirse, tanto más la vida médica que es metafísica, lógica y moral en ejercicio, filosofía concreta. En la era tecnológica se acentúa la necesidad del pensamiento crítico, cuya ausencia de la medicina resulta a la vez peligrosa y costosa. Hoy como Con ayer, debemos un gallo a Esculapio”

Con esta magistral cita del Prof. Dr. José Alberto Mainetti, del año 1988, en su libro: *La crisis de la razón médica*, me inicia el camino para el tema que hoy quiero considerar.

¿Qué se puede decir de un maestro, más que palabras de gratitud por haber tenido la fortuna de gozar de su generosa proximidad personal y pedagógica?

El Prof. José Alberto fue nuestro maestro y también lo fue de nuestros estudiantes. Un “maestro ejemplar” y, como lo define su esposa Marta, el padre de la Bioética en Argentina. Sus colegas agregamos ...y de América Latina y el Caribe.

La cabal reflexión de lo que significa ser maestro se manifiesta cuando reflexionamos acerca del conocimiento, la cultura y la sabiduría. El conocimiento nos trasmite datos sobre la realidad y el entorno. La cultura es la síntesis del conocimiento y la madurez que otorga el tiempo. El conocimiento y la cultura se exhiben. Son virtudes dianoéticas, virtudes del intelecto. La sabiduría —sophía— es el nivel más elevado del conocimiento. Ella no busca exhibición. Humilde y simplemente se muestra como existencia personal de un ser íntegro, conformado en la excelencia del pensar, el decir y el obrar. Y, sobre todo, la sabiduría se muestra en la íntima unidad y absoluta coherencia de esas actividades: “somos lo que hacemos”, afirma Aristóteles. En ello reside la ejemplaridad del enseñar, el ser del maestro enseña desde su paradigmática figura: mostrando su acabada figura personal, forma y plasma desde la acabada forma personal.

La sabiduría es areté, y se muestra en el “phrónimos, el hombre prudente. Por eso el padre de la ética termina la definición de virtud diciendo: “y como lo haría el hombre prudente”.

El frónimo testimonia la sabiduría en la demostración fáctica y paradigmática de su obra existencial: el pensar y el obrar con excelencia en todas las dimensiones personales constituye su ethos, su ser personal.

El maestro testimonia la elevada dignidad de ser persona, porque la persona es más que un cerebro y un intelecto adiestrado en el conocimiento, es una existencia plasmada en la verdad y el bien.

Maestro es, pues, el que encarna y testimonia esta dimensión del espíritu.

Maestro no es el mero trasmisor transmisor de conocimientos.

Es el que expone esencial-existencialmente, como ethos prudencial, ese ojo del alma que busca siempre lo bueno, lo honroso y justo.

Además del “qué” y el “por qué”, el maestro nos enseña testimonialmente lo que debemos éticamente “hacer”.

¹ Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina, mfracapani@gmail.com

La sabiduría del maestro no es mera erudición, no es cuantitativa, es cualitativa, reflexiva. Es el crecimiento personal obra que desborda. Es como la siembra cuyo fruto requiere el cuidadoso y esmerado cultivo y en el medio propicio, para ello tiene que proceder con “justum facere”, sin excesos ni defectos.

El maestro procede esforzada y delicadamente. Sabe del valioso elemento con que el labora: el alma de un ser personal.

Su obrar requiere esmero, tiempo, tesón y constancia, perseverancia y esperanza. La generosidad lo anima: es el obrar posibilitante que aún no puede percibir con los ojos lo que vendrá, pero sabe que abre caminos, mostrando y señalando. La abundancia de los valores personales trasciende la individualidad del maestro y se prolonga generosamente en el discípulo. Su tólos supera el péras individual: es proyección ontológico-existencial de un tiempo sin péras que se prolonga más allá de sí. Su enseñanza trasciende la temporalidad del presente, trabaja para un futuro más allá de sí. El discípulo es su aquel, su agathón: el bien y la belleza de la obra consumada.

Por eso, el encuentro con el maestro, “simposio”, es ágape: encuentro cordial, testimonio existencial del eros pedagógico que lo anima.

De allí que el maestro se muestra en la constante y generosa donación de su ser: muchos años de su vida nos donó con su generoso magisterio, Prof. Dr. José Alberto Mainetti.

A los discípulos sólo nos queda agradecer.

Este humilde homenaje es, simplemente, un acto de gratitud que quiero manifestar en nombre de todos sus discípulos y especialmente de todos los que han sido estudiantes de las diferentes Maestrías en Bioética en las que usted participó.

Muchas gracias querido maestro y también el agradecimiento para Marta de Mainetti, nuestra colaboradora en tantas actividades científicas y también integrante de nuestra red de bioética.